



El espíritu comunitarista y las humanidades*

Fecha de recibo: 04-15-07 - Fecha de aprobación: 05-18-07

MARIO GERMÁN GIL CLAROS

De la página 103 a la página 111

Resumen

El presente artículo centra su preocupación en destacar la relación entre hombre, humanismo y humanidades desde posturas comunitaristas: la de MacIntyre en lo que sería un ciudadano contemporáneo a partir de dicha postura de orden filosófico. Es decir, un ciudadano virtuoso, solidario, con identidad y pertenencia a la comunidad, en franca crítica a los postulados modernos del humanismo liberal, desde los presupuestos aristotélicos y tomasianos, entre otros.

Palabras clave

Virtud, comunidad, crítica, identidad, tradición, modernidad, Aristóteles, Tomás de Aquino, moral, ciudadano, cívico, humanismo, hombre, humanidades, individuo, fragmentado, liberal, narrativo, igualdad, dignidad, reconocimiento.

Abstract

The present article concentrates its concern in highlighting the relationship among man, humanism and humanities from postures of community: the one of MacIntyre in what would be a contemporary citizen starting from this posture of philosophical order. That means, a virtuous, solitary citizen, with identity and ownership to the community, in frank critic to the modern postulates of the liberal humanism, from the Aristotelian and Thomas of Aquin claims, among others.

Key words

Virtue, community, critic, identity, tradition, modernity, Aristotle, Thomas of Aquin, moral, citizen, civic, humanism, man, humanities, individual, liberal, narrative, broken into fragments, equality, dignity, recognition.

* El presente artículo hace parte del III Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos. Políticas de la diversidad y políticas de la integración, a desarrollarse del 3 al 5 de octubre de 2007. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

Résumé

Cet article s'attache à faire ressortir la relation entre homme, humanisme et humanités depuis des positions communautaires : celle de MacIntyre montre ce que serait un citoyen contemporain à partir de cette position d'ordre philosophique. Cela signifie un citoyen vertueux, solidaire, avec une identité et une appartenance à la communauté, dans une critique franche des postulats modernes de l'humanisme libéral, à partir de présupposés aristotéliques et de Thomas d'Aquin, entre autre.

Mots clés

Vertu, communauté, critique, identité, tradition, modernité, Aristote, Thomas d'Aquin, morale, citoyen, civique, humanisme, homme, humanité, individu, fragmenté, libéral, narratif, égalité, dignité, reconnaissance.

Breve introducción

Hablar de un humanismo en el pensamiento comunitarista de MacIntyre es hablarlo de manera concreta, en situaciones específicas en la vida de los pueblos, de las comunidades locales, en las que los hombres llevan a cabo lo que pretenden. Esto exige una relación con otros saberes como lo son la política, la sociología, entre otros, para darle luz propia a dicha idea de humanismo, cuya característica primordial es la *virtud*.

Humanismo y comunitarismo

De entrada el comunitarismo de MacIntyre nace de una profunda crítica al modelo de hombre moderno y de sus implicaciones que se dan en el diario vivir, desligado del espíritu cultural comuni-

tario, de sus ancestros y recuerdos. En últimas, las tradiciones que le han dado su razón de ser. Tal es la crítica que se desarrolla al momento, al presente, desde esta postura. “La hipótesis que quiero adelantar es que, en el mundo actual que habitamos, el lenguaje de la moral está en el mismo grave estado de desorden que el lenguaje de las ciencias naturales en el mundo imaginario que he descrito. Lo que poseemos, si este parecer es verdadero, son fragmentos de un esquema conceptual, partes a las que ahora faltan los contextos de los que derivaba su significado. Poseemos, en efecto, simulacros de moral, continuamos usando muchas de las expresiones-clave. Pero hemos perdido –en gran parte, si no enteramente– nuestra

comprensión, tanto teórica como práctica, de la moral”.¹ Esta postura implica un cambio radical de lo que hemos sido hasta el momento en las sociedades modernas; es un cuestionamiento a la moral y a la concepción humanista de la modernidad.

La tarea comunitarista de MacIntyre se da en dos aspectos: 1. Rescatar el pasado con sus tradiciones. 2. Hacer una impugnación al mundo moderno por medio de las anteojeas aristotélicas-tomasinas. En esta dirección, se escoge la figura del personaje, a semejanza del teatro. “Los personajes tienen otra dimensión notable. Son, por así decir, representantes morales de su cultura, y lo son por la forma en que las ideas y teorías metafísicas y morales asumen a través de ellos



existencia corpórea en el mundo social”.² La escuela se convierte en el lugar natural de estas actitudes, en especial las humanidades, que logran calar en el espíritu del educando, como papeles para ser actuados en el espectro social. “En este caso es imperativo que papel y personalidad estén fundidos; es obligatorio que coincidan el tipo social y el tipo psicológico. El *personaje* moral legitima un modo de existencia social”.³ A continuación: “El director de colegio, en Inglaterra, y el profesor en Alemania, por tomar solamente dos ejemplos, no eran sólo papeles sociales, sino que proporcionaban foco moral a un conglomerado de actitudes y actividades”.⁴ De alguna manera reflejado en el educando. En este sentido, los ciudadanos son parte de una comunidad a la cual le deben todo; por fuera de ella no son nada, tal como sucedía con la polis griega.⁵ Es lo contrario del hombre moderno, no tiene norte fijo. En esta dirección MacIntyre critica a la modernidad: la de un hombre fragmentado a través de diversas máscaras, en un yo fraccionado que niega su condición de ser. Heidegger, en ese sentido, asume igual crítica en lo que se refiere al olvido del *ser* en el presente. El modelo

filosófico de dicho ser fragmentado lo encontramos en el análisis que Kierkegaard hace del individuo atrapado en una vida estética, ética y religiosa y no sabe cuál de ellas elegir; no sin antes decir que el tipo de ser en esta reflexión va en contravía de la postura comunitarista, pues se defiende al individuo en su existencia particular y no a la comunidad. En pintura contemporánea se puede apreciar en los trabajos de Edward Much, en los seres sin rostro, en especial en su obra *El grito*. “Observar esto es observar que Kierkegaard se ha provisto de nuevos apuntalamientos prácticos y filosóficos para una forma de vida antigua y heredada. Quizás es esta combinación de novedad y tradición, profundamente incoherente, lo que explica la incoherencia de la postura de Kierkegaard. Ciertamente, y así lo defenderé, dicha incoherencia es el desenlace lógico del proyecto ilustrado de proveer a la moral de fundamento racional y justificación”.⁶ En el fondo de este cuestionamiento está la concepción de hombre kantiano, autónomo y constructor de modernidad en el decir de MacIntyre. “En la filosofía moral de Kant hay dos tesis centrales engañosamente sencillas: si las

reglas de la moral son racionales, deben ser de aritmética; y si las reglas de la moral *obligan* a todo ser racional, no importa la capacidad de tal ser para llevarlas a cabo, sino la voluntad de hacerlo”.⁷ La prueba racional es el fin universal del comportamiento humano, en especial lo que pretende el proyecto ilustrado como ley moral, ley categórica para la humanidad.

Para MacIntyre, la Ilustración como proyecto, en especial moral, por sus contradicciones fracasaría en su postura categórica y normativa para la humanidad, pues una de las dificultades está en que el hombre no es tomado tal como es y tal como podría ser su naturaleza sustancial. “El verdadero fin del hombre no puede conseguirse completamente en este mundo, sino sólo en otro. Sin embargo, la estructura triple de la naturaleza humana-tal-como-es, la naturaleza-humana-tal-como-podría-ser—si-se-realizara-su *telos* y los preceptos de la ética racional como medios para la transición de una a otra, permanece central en la concepción teísta del pensamiento y el juicio valorativo”.⁸ La razón moderna no comprende o no está interesada en lo sustancial de lo humano, constituyéndose para

² *Ibíd.* P. 46.

³ *Ibíd.* P. 48.

⁴ *Ibíd.* P. 48.

⁵ *Cf.* P. 53.

⁶ *Ibíd.* P. 64.

⁷ *Ibíd.* P. 65.

⁸ *Ibíd.* Pp. 76-77.

MacIntyre en uno de los fracasos de la Ilustración. “Dado que toda ética, teórica y práctica, consiste en capacitar al hombre para pasarlo del estadio presente a su verdadero fin, el eliminar cualquier noción de naturaleza humana esencial y con ello el abandono de cualquier noción de *telos* deja como residuo un esquema moral compuesto por dos elementos remanentes cuya relación se vuelve completamente oscura. Está, por una parte, un cierto contenido de la moral: un conjunto de mandatos privados de su contexto teleológico. Por otra, cierta visión de una naturaleza humana ineducada tal-como-es. Mientras los mandatos morales se situaban en un esquema cuyo propósito era corregir, hacer mejor y educar esa naturaleza humana, claramente no podrían ser deducidos de juicios verdaderos acerca de la naturaleza humana o justificados de cualquier otra forma apelando a sus características. Así entendidos, los mandatos de la moral son tales, que la naturaleza humana así entendida tiene fuerte tendencia a desobedecer”.⁹ Es muy claro para el pensamiento comunitarista que el humanismo moderno se ha alejado de la naturaleza humana, tal como se ha manifestado con el humanismo liberal en su aspecto

formal y normativo, carente de virtud moral, si podemos decirlo. “Aristóteles tomó como punto de partida para la investigación ética que la relación de <<hombre>> con <<vida buena>> es análoga a la de <<arpista>> con <<tocar bien el arpa>> (Ética a Nicómaco, 1095a,16). Pero el uso de <<hombre>> como concepto funcional es más antiguo que Aristóteles y no deriva inicialmente de la biología metafísica de Aristóteles. Radica en las formas de una vida social a que prestan expresión los teóricos de la tradición clásica. Con arreglo a esta tradición, ser un hombre es desempeñar una serie de papeles, cada uno de los cuales tiene entidad y propósitos propios: miembro de una familia, ciudadano, soldado, filósofo, servidor de Dios. Sólo cuando el hombre se piensa como individuo previo y separado de todo papel, <<hombre>> deja de ser un concepto funcional”.¹⁰ Es decir, el hombre es de manera práctica, porque hace parte de una comunidad en la cual tiene unas funciones específicas. Lo demás no es parte de su naturaleza y tradición y lo empobrece, asumiendo roles que rompen su condición de ser al tomar distintos papeles históricos al mismo tiempo, tal como se da en el mundo moderno. “No

deben existir dos historias, una de la acción moral y política y otra de la teoría moral y política, porque no hubo dos pasados, es uno solo poblado por acciones y el otro sólo por teorías. Cada acción es portadora y expresión de creencias y conceptos de mayor o menor carga teórica; cada fragmento de teoría y cada expresión de creencia es una acción moral y política”.¹¹ Cosa que de paso no ha tenido en cuenta el espíritu fragmentado de la modernidad, amparada en el principio del placer y la felicidad utilitarista; es una franca crítica a los ideales de la Ilustración, incluyendo la concepción de los derechos que inspiran el derrotero político de las sociedades liberales,¹² los cuales son tildados como meras ficciones. “Esto nos proporciona un dato importante para entender la política de las sociedades modernas. Porque lo que antes describí como cultura del individualismo burocrático resulta ser un debate político característicamente abierto entre un individualismo que sienta sus pretensiones en términos de derechos y formas de organización burocrática que postulan las suyas en términos de utilidad”.¹³ Para MacIntyre lo anterior es una de las máscaras morales de la vida moderna que

⁹ Ibíd. Pp. 78-79.

¹⁰ Ibíd. P. 83.

¹¹ Ibíd. P.86.

¹² Cf. Pp. 96-97.

¹³ Ibíd. 97.



oculta en el fondo lo que somos y el lugar al que pertenecemos. Esta concepción individual ha influido en el concepto de lo que es el humanismo y las humanidades en el espectro contemporáneo. Humanismo nacido como invento cultural reciente, que obedece a las expectativas económicas, productivas, normativas y positivas del espíritu capitalista, tal como lo ha resaltado Foucault. En consecuencia, es una concepción epistemológica de lo que es el hombre en consonancia con todo el empuje de la vida moderna, en una visión de mundo que nace acompañada por la experiencia y la razón, bajo la mirada determinante de las ciencias, entendidas como *ciencias humanas*.¹⁴ En otras palabras, la metodología científica trasladada a la conducta y cultura humana, como la critica MacIntyre en el capítulo *Las generalizaciones de las ciencias humanas*.¹⁵

¿Qué es lo que oculta el sujeto moderno tras la máscara? Tenemos a un ser desgarrado de su ámbito “natural”: su cultura; tema objeto de trabajo de Charles Taylor. Para MacIntyre el sujeto moderno es esencialmente un actor y es aquí donde la crisis comienza a sentirse, al preguntarse a través de sus diversos papeles la cuestión clásica: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi rol en la cultura y en la comunidad? Pues la tradición fortalece la memoria y la pertenencia a la comunidad en la que se cumple una función determinada. “En tal sociedad, un hombre sabe quién es sabiendo que su papel en estas estructuras; y sabiendo esto sabe también lo que debe y lo que se le debe por parte de quien ocupe cualquier otro papel y rango. En griego (*dein*) y en anglosajón (*ahte*) no existe distinción clara al principio entre <<debe>> (moral) y <<debe>> (general); en Islandia la palabra

skyldr enlaza <<debe>> y <<ser pariente>>”.¹⁶ En esta dirección la pertenencia a una comunidad cargada de tradición, resolvería la pregunta del hombre, en especial aquella dirigida a un contexto común, en el que se da a conocer por medio de la acción, la cual brinda fundamento a la virtud y a la misma libertad, principio de excelencia y de unidad humana. Así, la identidad humana está en el seno de la comunidad local, la que nos da las herramientas para saber quiénes somos en este mundo. “Sin tal lugar en el orden social, un hombre no sólo sería incapaz de recibir reconocimiento y respuesta de los demás; no sólo los demás no sabrían, sino que él mismo no sabría quién es”.¹⁷ El sentido de pertenencia, de reconocimiento y de identidad forma a un hombre respetuoso del orden establecido porque lo considera justo y “natural”.

¹⁴ Cf. P. 111.

¹⁵ Cf. Pp. 116-140.

¹⁶ *Ibíd.* P.156.

¹⁷ *Ibíd.* P. 158. A propósito sobre el reconocimiento, Taylor, Charles. *El multiculturalismo y la “política del reconocimiento”*. F.C.E. México, 2001, nos dice que la necesidad de reconocimiento contemporáneo parte esencialmente de grupos minoritarios, en los que la identidad determinante en la respuesta a la pregunta de quiénes somos, debe partir de un auténtico reconocimiento. Así: (p. 44) “El falso reconocimiento o la falta de reconocimiento puede causar daño, pueda ser una forma de opresión que aprisione a alguien en un modo de ser falso, deformado y reducido”. Tal como lo presenta MacIntyre: la falta de reconocimiento conlleva una baja autoestima. En consecuencia, asumir falsos roles en sociedad produce un falso reconocimiento del otro y su desconocimiento, fruto de imposiciones de patrones culturales que rompen con las tradiciones arraigadas en las vidas de los hombres. La lucha está en un “auténtico” reconocimiento de la identidad de dichos “actores” sociales, en el que la dignidad humana sea reconocida por todos y no dependa de privilegios u honores. Es la búsqueda de la igualdad democrática. (p. 46) “Es obvio que este concepto de dignidad es el único compatible con una sociedad democrática, y que era inevitable que el antiguo concepto de honor cayera en desuso”. La “autenticidad” es algo que se encuentra en nuestro interior, es parte de nuestra naturaleza humana que nos hace ser lo que somos de manera particular o colectiva a través de un mirarse a sí mismo que evita la falsa imitación. (p.51) “Ser fiel a mí mismo significa ser fiel a mi propia originalidad, que es algo que sólo yo puedo articular y descubrir. Y al articularla, también estoy definiéndome a mí mismo. Estoy realizando una potencialidad que es mi propiedad. Ésta es la interpretación de fondo del moderno ideal de autenticidad, y de los objetivos de autorrealización y autoplenuitud en que este ideal suele presentarse”. En esta dirección, ser fiel a sí mismo, es también serlo con la cultura a la cual se pertenece y nos da identidad respecto al otro por medio del diálogo. (p. 53) “Siempre definimos nuestra identidad en diálogo con las cosas que nuestros otros significantes desean ver en nosotros, y a veces en lucha con ellas”. En el diálogo con el otro hay un enriquecimiento de sí mismo, ya que en el otro se da una realización que se vive diariamente de múltiples formas. (pp. 54-55) “Considérese lo que entendemos por *identidad*: es quiénes somos, ‘de dónde venimos’. Como tal, es el

Esta visión de hombre, según MacIntyre, implica ser un buen ciudadano, es decir, virtuoso, cuyas características son: *sophron* (moderado, prudente), *dikaios* (justo) y *sophos* (sabio). Este ciudadano que goza de estas virtudes es aquel que además de ser miembro de una comunidad local y tiene derechos, ocupa un lugar destacado acorde con una verdad moral y no positiva. “Vemos en ello un agudo contraste con la tradición moderna, que mantiene que la multiplicidad y heterogeneidad de los bienes humanos es tal que su búsqueda no puede reconciliarse en ningún orden moral único y que, en con-

secuencia, cualquier orden social que intente tal reconciliación o que fuerce la hegemonía de un conjunto de bienes sobre los demás, se convertirá en una camisa de fuerza y muy probablemente en una camisa de fuerza totalitaria para la condición humana”.¹⁸ Para MacIntyre, el hombre de comunidad, contrario al hombre del pensamiento plural, es aquel cuyas virtudes lo llevan al éxito en sus empresas, unida a una vida narrativa, fuente de experiencia comunitaria. Así, las virtudes aristotélicas se vuelven tabla salvadora para el hombre moderno. “De un lado, él es el protagonista contra quien he

confrontado las voces de los liberales modernos; por lo tanto, estoy muy comprometido a asignar un lugar central a su visión específica de las virtudes. De otro lado, ya he dejado claro que quiero contemplarlo no como teórico individual, sino como representante de una larga tradición, como alguien que expresa lo que numerosos antecedentes y sucesores también expresan con distinto éxito”.¹⁹ La respuesta a esta tradición está en que el presente comprenda dicho pasado encarnado en la tradición y que quede abierto como una posibilidad ante el presente humano. En otras palabras: “parece oportuno

trasfondo contra el cual nuestros gustos y deseos, opiniones y aspiraciones adquieren sentido. Si algunas de las cosas que yo aprecio más me son accesibles sólo en relación con la persona que amo, entonces ella se vuelve parte de mi identidad”. Gustosamente nos debemos a los otros en comunidad. (p. 55) “Por ello, el desarrollo de un ideal de identidad que se genera internamente atribuye una nueva importancia al reconocimiento. Mi propia identidad depende, en forma crucial, de mis relaciones dialógicas con los demás” En otras palabras, no basta ser reconocido, sino tener derecho a la igualdad; Taylor la llamaría *reconocimiento igualitario*. (p. 59) “Es así como el derecho del reconocimiento se ha vuelto familiar para nosotros en dos niveles: primero, en la esfera íntima, donde comprendemos que la formación de la identidad y del yo tiene lugar en un diálogo sostenido y pugna con los otros significantes. Y luego en la esfera pública, donde la política del reconocimiento igualitario ha llegado a desempeñar un papel cada vez mayor”. El hombre lo que hace es afirmarse, para así anunciarse ante los otros; afirmación que evita ser borrada ante quienes se anuncia, en la que la dignidad humana es principio de una política universal y democrática, pues pone en pie de igualdad a todos los ciudadanos, no hay privilegios, no hay honores, es decir hombres de primera y hombres de segunda clase. Esta *dignidad igualitaria* lo que hace es preservar la identidad a pesar de las diferencias que se presentan dentro de las sociedades, de las culturas. (p. 65) “La política de la dignidad igualitaria se basa en la idea de que todos los seres humanos son igualmente dignos de respeto. Su fundamento lo constituye la idea de lo que en los seres humanos merece respeto, por mucho que tratemos de apartarnos de este trasfondo ‘metafísico’”. En este sentido los hombres se rigen racionalmente acordes con sus principios de vida (p. 65) “Así, lo que aquí se señala como un valor es un *potencial humano universal*, una capacidad que comparten todos los seres humanos. Este potencial, y no lo que cada persona ha hecho de él, es lo que asegura que cada individuo merezca respeto”.

El reconocimiento universal va unido al principio de dignidad humana moderna, ya planteada por Rousseau, cuyas características centrales son: igualdad, reciprocidad y unidad de propósitos, que hacen posible la estima a través de una voluntad general, en la que los ciudadanos virtuosos serán honrados por igual. (p. 76) Hay un ejercicio de reciprocidad entre los hombres modernos a partir de lo que es la dignidad igualitaria, alimentada por el espíritu kantiano de autonomía, en la libertad de cada quien de vivir de acuerdo con lo que considere como una vida buena, fundamentada en el respeto por el otro y por espíritu de imparcialidad. En esto va el reconocimiento que ha de ser cultivado en las facultades de humanidades, según Taylor, (pp. 96-97) “La principal esfera de este debate es el mundo de la educación en un sentido lato. Un foco importante del mismo son las facultades de humanidades universitarias, donde se formulan demandas de alterar, ampliar o eliminar el ‘canon’ de autores acreditados, por el motivo de que los que en la actualidad gozan de preferencia son, casi exclusivamente, ‘varones blancos muertos’. Debe darse mayor lugar a las mujeres y a las personas de razas y culturas no europeas”. En esta dirección cabría la demanda de las culturas latinoamericanas. (p. 97) “Por consiguiente, ampliar y modificar el programa resulta esencial, no tanto en nombre de una cultura más general para todos, sino para dar el debido reconocimiento a quienes hasta hoy se han visto excluidos”. (...) “Los programas escolares multiculturales pretenden ayudar en este proceso revisionista”. Lo que implica una igualdad cultural, si es que la hay, en un mundo multicolor, en el que la dignidad tiene algo que decir en franco diálogo edificante.

¹⁸ Ibíd. P.181.

¹⁹ Ibíd. P. 185.



decir que en tal serie, lo posterior no es necesariamente superior a lo anterior; una tradición puede dejar de progresar o puede degenerar”.²⁰ Es decir, la secuencia histórica de la idea de progreso se quiebra con esta postura, que ve en el pasado, en la tradición, una fuente de solución a los problemas de nuestra actualidad. Pasado, tradición y virtud, que en su riqueza narrativa para la comprensión y explicación de lo que hoy somos, determinarían nuestro derrotero humano. En consecuencia: “Las virtudes son disposiciones no sólo para actuar de manera articular, sino para sentir de maneras particulares. Actuar virtuosamente no es, como Kant pensaría más tarde, actuar contra la inclinación; es actuar desde una inclinación formada por el cultivo de las virtudes. La educación moral es una <<éducation sentimentale>>”.²¹ Es saber lo que se hace a partir de un juicio verdadero, demostrado correctamente, según MacIntyre.

El comunitarismo propone la constitución de una virtud cívica, como se puede ver en la postura de Alejandro Llano, en el que la escuela ha de jugar un papel primordial en la formación de dicha virtud cívica; en la que se destaca un modelo de hombre y de huma-

nidad centrado en la identidad, el reconocimiento y la cultura comunitaria. La primera, la identidad, implica la pertenencia a lo que me debo; lo cual permite la segunda, el ser reconocido y singularizado en el seno de una comunidad política parte de la tercera, tal como lo destaca Walzer en *Las esferas de la justicia*.²²

Esta mirada comunitarista en la que se destaca la virtud, se constituye a través de la enseñanza de dichas virtudes universales, que ejercen un juicio de forma equilibrada y de manera práctica. En otras palabras, la virtud ha de ser enseñada y la escuela ha de proporcionar la constitución de una buena voluntad ciudadana. “La distinción de Aristóteles entre esas dos clases de virtud se realiza en principio contrastando las maneras en que se adquieren; las virtudes intelectuales se adquieren por medio de la enseñanza, las virtudes de carácter por medio del ejercicio habitual”.²³ Tanto la virtud intelectual, como la virtud habitual van de la mano, no se puede ser bueno sin que falte alguna de las dos. Es decir, el hombre de virtud es aquel que posee en general y no en particular; para así establecer lazos efectivos de comunicación entre los miembros de una comunidad

política unidos por principios de amistad. “Esta noción de comunidad política como proyecto común es ajena al moderno mundo liberal e individualista. Así pensamos a veces de las escuelas, hospitales u organizaciones filantrópicas; pero no tenemos ningún concepto de esa forma de comunidad interesada, como dice Aristóteles estar interesada la *polis*, por la vida como un todo, no por este o aquel bien, sino por el bien del hombre en tanto que tal. No es de maravillar que la amistad haya sido relegada a la vida privada y por ello debilitada en comparación con lo que alguna vez significó”.²⁴ El principio de amistad política está mediado por el afecto que despierta entre iguales y libres en función del bien común. Esta amistad de orden político pretende cultivar el sentido de pertenencia a una comunidad determinada, que en la antigüedad clásica griega era la *polis*. “El yo libre es simultáneamente súbdito político y soberano político. Estar incluido en relaciones políticas conlleva la libertad de cualquier posición que sea mera sujeción. La libertad es requisito para el ejercicio de las virtudes y para el logro del bien”.²⁵ En últimas, unas buenas virtudes garantizan un efectivo humanismo, por ende

²⁰ *Ibíd.* P. 186.

²¹ *Ibíd.* P.189.

²² Walzer, Michael. *Las esferas de la justicia*. F. C. E. México, 1997.

²³ *Op. Cit.* MacIntyre. *Tras las virtudes*. Pp. 194-195.

²⁴ *Ibíd.* P. 197.

²⁵ *Ibíd.* P. 200.

una democracia. “El ejercicio de las virtudes es el componente fundamental de la vida buena del hombre”.²⁶

La virtud es una cualidad que permite al hombre buscar, como fin, la felicidad.²⁷ La humanidad en sí misma estaría a la “caza” de esta virtud en el logro de la excelencia, la justicia, el valor y la honestidad práctica. En este sentido radica la unidad de la vida, en la integración al espíritu comunitario; pues el hombre que tiene unidad de vida ha de manifestar su virtud en distintas situaciones y acciones. “Héctor muestra el mismo valor cuando se despidió de Andrómaca que cuando combate con Aquiles; Eleanor Marx mostró la misma piedad en su relación con su padre, en su trabajo con los sindicalistas y en su lío con Aveling. Y la unidad de la virtud en la vida de alguien es inteligible sólo como característica de la vida entera, de la vida que puede ser valorada y concebida como un todo”.²⁸ El hombre como un todo narra su existencia de forma coherente, consistente y unificada en el ámbito de la comunidad desde el momento de su nacimiento hasta su muerte. En cierta forma lo que hace la unidad de la vida, es su historia ejempli-

ficada como narración para ser comprendida a través de una conversación contextualizada e histórica. En palabras de MacIntyre: “El hombre, tanto en sus acciones y sus prácticas como en sus ficciones, es esencialmente un animal que cuenta historias”.²⁹ En esto radica la importancia de la memoria, la conservación de la humanidad por medio de la enseñanza de las humanidades como verdad, que en la visión comunitarista parte de la tradición y de lo que se desprende de ella. “No hay modo de entender ninguna sociedad, incluyendo la nuestra, que no pase por el cúmulo de narraciones que constituyen sus recursos dramáticos básicos. La mitología, en su sentido originario, está en el corazón de las cosas. Vico estaba en lo cierto y también Joyce. Y también la tradición moral que va desde la sociedad heroica hasta sus herederos medievales, de acuerdo con lo cual el contar historias es parte clave para educarnos en las virtudes”.³⁰ Es lo que marca la identidad del personaje con la tradición en cualquier comunidad; permitiendo dar inteligibilidad a las acciones de una vida narrada. “Por tanto, el concepto narrativo del yo requiere dos cosas. De un lado, soy aquello por lo que justi-

ficadamente me tengan los demás en el transcurso de una historia que va desde mi nacimiento hasta mi muerte; soy el *tema* de una historia que es la mía propia y la de nadie más, que tiene su propio y peculiar significado”. (...) “Ser tema de la narración que discurre desde el propio nacimiento hasta la muerte propia, antes lo subrayé, es ser responsable de las acciones y experiencias que componen una vida narrable”.³¹ En últimas, asumir la vida en consonancia con lo que somos ante y con los demás.

En consecuencia, una vida con identidad, única, narrada, es una vida virtuosa que busca en la práctica el bien que permite ordenar, por medio de la educación, no sólo nuestros bienes, sino ampliar el contenido y propósito de la virtud. “Una búsqueda siempre es una educación tanto del personaje al que se aspira, como educación en el autoconocimiento”.³² La educación en esta intención ayuda a alcanzar lo que pretendemos. Es decir, la virtud es la disposición o actitud que nos sostiene al actuar, para lograr lo que queremos; ella nos ayuda a superarnos, a vencer obstáculos y a procurar el conocimiento de sí mismo, tal como lo argumenta la visión comunitarista.

²⁶ *Ibíd.* P. 230.

²⁷ *Cf.* P. 237.

²⁸ *Ibíd.* P.253.

²⁹ *Ibíd.* P. 266.

³⁰ *Ibíd.* P.267.

³¹ *Ibíd.* 268.

³² *Ibíd.* P. 270.



En esta dirección el hombre, la humanidad y las humanidades se enriquecen. “Hemos llegado entonces a una conclusión provisional sobre la vida buena para el hombre: la vida buena para el hombre es la vida dedicada a buscar la vida buena para el hombre, y las virtudes necesarias para la búsqueda son aquellas que nos capacitan para entender más y mejor lo que la vida buena para el hombre es”.³³ Lo más valioso en la búsqueda de dicha vida buena es su historia en comunidad. “Porque la historia de mi vida está siempre embebida en la de aquellas comunidades de las que derivo mi identidad. He nacido con un pasado, e intentar desgajarme de ese pasado a la manera individualista es deformar mis relaciones presentes. La posesión de una identidad histórica y la posesión de una identidad social coinciden. Tengamos presente que la rebelión contra mi identidad es siempre un modo posible de expresarla”.³⁴ Por lo tanto, soy responsable histórica y políticamente; es más, heredo de lo que mi comunidad realice frente a la humanidad, ya sean comunidades locales o más complejas. “Así pues, yo soy en gran parte lo que he heredado, un pasado

específico que está presente en alguna medida en mi presente. Me encuentro formando parte de una historia y en general esto es afirmar, me guste o no, lo reconozca o no, que soy uno de los soportes de una tradición”.³⁵ Las tradiciones marcan nuestro derrotero humano; precisamente porque vienen de un rico pasado cultural, hablan a nuestro presente, nos dicen cosas para el futuro ciudadano, como lo veremos en Alejandro Llano con su propuesta de *Humanismo Cívico*, el cual se define, se construye y se vive a partir de su actuar político. “La política, tal como la concibe Aristóteles, es una práctica con sus bienes internos. La política, tal como la concibe James Mill, no lo es”.³⁶ Lo narrativo en la práctica ayuda al ciudadano a la realización de su vida en comunidad, la cual busca el bien común como virtud cívica.

Bibliografía

- MacIntyre, Alasdair. *Tras la virtud*. Crítica. Barcelona, España. 2001.
Taylor, Charles. *El multiculturalismo y la “política del reconocimiento”*. F.C.E. México, 2001.
Walzer, Michael. *Las esferas de la justicia*. F. C. E. México, 1997.

³³ *Ibíd.* P. 271.

³⁴ *Ibíd.* P. 272.

³⁵ *Ibíd.* P. 273.

³⁶ *Ibíd.* P. 279.